

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Redaccion y Administracion.

Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital; id., 7 id.

REDACTORES.		
D. Carlos Diaz Bolla.	Alcalde Valladares (D. Antonio).	Jover y Paroldo (D. José).
» Enrique Valdelomar Fábregues.	Avilés (D. Angel).	Jerez Perchet (D. Augusto).
» Carlos Franquelo Romero.	Aragon (D. José M.)	Melendo (D. Rafael).
» Luis Lopez Amigo.	Ballesteros (D. Manuel).	Navarro y Porras (D. Luis).
» Benito Avilés Merino.	Conde Souleret (D. Rafael).	Pavon (D. Francisco de Borja).
» Rafael Garcia Vazquez.	Delgado Lopez (D. Dámaso).	Power (D. Teobaldo).
COLABORADORES.	Fernandez Grilo (D. Antonio).	Pavon (D. Rafael).
Srta. Garcia (D. <sup>a</sup> Amparo).	Franquelo (D. Eduardo).	Ramirez de las Casas-Deza (D. L.).
	Fuente de Quinto (Baron de).	Vasconi (D. Angel).
	Fernandez Ruano (D. Manuel).	
	Illescas (D. Ricardo).	

## SUMARIO.

UNA CARTA, por Carlos Diaz.—EL ESCRITOR DEL DIA, por X.—  
POESIAS.—MISCELÁNEA.—PASATIEMPOS.—LA SEÑORITA DE  
CHAMPROWAY, continuacion, por C. F.

## UNA CARTA.

Sr. D. Augusto Jerez Perchet.  
Granada.

Mi distinguido amigo y compañero: habia V. prometido escribirme si lograba hacer un descubrimiento, y como yo he sido el afortunado en hacerlo, me apresuro en enviarle esta, con el doble objeto de revelárselo, á la vez que de constituir mi carta hácia V. en una especie de comisionado de apremio literario, que le fuerce á enviarme alguna de esas inspiradas composiciones, que tan buenos ratos han dado á sus lectores y tan justa reputacion han aportado á su autor.

Bien quisiera yo enviarle esta en la forma y uso acostumbrado del papel y sobre; pero mi temor de que no llegara á sus manos ni en esta semana ni en las setenta de Daniel, me mueve á insertarla en nuestra modesta publicacion por si por suerte llega algun número á su alcance. Como prueba de mis temores pudiera enseñarle una carta que tengo á la vista, en que me aseguran no haber recibido dos mias que yo mismo puse en el correo. Restan, pues, dos recursos: el de no escribir, ó el de dar á los cuatro vientos de la publicidad los asuntos privados, insertando las cartas como los anuncios de la sustanciosa Revalenta arábica, y yo, colocado en estos extremos; opto por el último.

Peró vamos al caso; recordará V. el interés vivísimo con que le pregunté quien escribia en esa tierra privilegiada con el simpático pseudónimo de *El Solitario de Sierra Nevada*, y por cierto que no carecia de fundamento esta curiosidad de que V. no pudo sacarme y que prometió satisfacerme. Pues bien, para V. hubiera esto sido difícil empresa, porque el inspirado y modesto *Solitario* se encuentra en esta, y en su lugar correspondiente podrá ver una bellísima produccion debida á su musa misteriosa.

Hace ya algun tiempo que en este periódico tuvimos la suerte de publicar la primera composicion de este velado ingenio, y en el número 16 del ALBUM se leyó con avidez una poesia con el titulo de *Marina*, que por la dulce suavidad de sus versos, por la melancolia de su espíritu y lo apasionado de sus conceptos, hizo desear doblemente conocer al vate granadino, que así suspiraba con las flores del Generalife y las murmuradoras aguas del Darro.

Efectivamente; aquellas estrofas son un gemido prolongado; la última podria decirse que es un suspiro alentado por una esperanza.

Así la noche fria  
Nos hallará, y el alba sonrosada;  
Contigo, hermosa mia,  
Contigo siempre; mi Marina amada,  
La de las trenzas de oro,  
La del cantar dulcísimo y sonoro.

Así terminaba el enamorado poeta esta produccion, que nos movió á suplicarle en un afectuoso suelto nos favoreciese con alguna frecuencia con los acordados acentos de su lira, no habiéndolo conseguido hasta este dia en que hemos descubierto su incógnito,

Si me fuera dable describiria á V. el aspecto de su autor y entónces habria hecho una obra maestra. Una frente pura y nacarada, unos hermosos ojos á donde adluye un mundo de vida y de inteligencia, una boca que es aquel

*Búcaro fresco lleno de flores*

de Zorrilla, y unas formas escultóricas en fin, tal es en cierto modo el retrato de esta poetisa interesante, que apesar de la modestia en que se envuelve, pudiera muy bien y por muchos conceptos decir con el *Angel del Renacimiento*,

*Nacendo mi fu datta la belleza,*

Tal es el bosquejo aunque pálido de nuestra inspirada y linda colaboradora la señorita Amparo Garcia.

Ciertamente que será penoso á su modestia, este paso que doy de denunciarla; pero Dios sabe lo recto de mis intenciones en esta materia, y como mis propósitos eran encaminados á que solo V. conociera su nombre. ¿Pero que hacer atendido el estado de nuestras comunicaciones?

De todos modos, dígalo V. á sus ilustrados compañeros del *Liceo*, y dígalo tambien en el periódico la *Lealtad* que con tanto acierto dirige, que así entiendo yo, se han de guardar estos secretos, y cargue yo solo con las reconvencciones de esta hija de las musas, que por grandes que aquellas sean, tengo para mí que se han de tornar en bondadosas quejas.

De aquí poco bueno y nada nuevo tengo que decirle; el movimiento literario casi no existe hostilizado, con los funestos acontecimientos que con tanta frecuencia se suceden, y aunque rara vez el estro de alguno de nuestros poetas dá muestras de la vida de la gaya ciencia, el conocido literato D. Dámaso Delgado Lopez, nos acaba de sorprender con la publicacion de un precioso libro, titulado, *Maria, Historia poética de la Virgen*, que su autor dedica á la virtuosa Sra. Condesa de Torres-Cabrera, y del que no puedo resistir al deseo de trascribirle á V. algunas estrofas para que mi carta tenga mas agradable término.

Como pasa el clarísimo arroyuelo  
Una vez y otra vez en su corriente  
En medio los carámbanos de hielo  
Que apagan el murmullo de la fuente;  
Como cruza una estrella por el cielo  
Cinta de plata de furgor luciente,  
Y la vista mortal no vé la huella  
Del cristalino arroyo y de la estrella;

Como brisa fugaz que entre la seda  
De la *doura* y el trébol se desliza,  
Y murmurando vagarosa y leda  
La flor azul de los remeros riza;  
Como el rayo de luna, la arboleda  
Por un instante con su luz matiza,  
Y ni en trébol, romeros ni la selva  
Deja señal que á contemplarse vuelva;

—  
Como una exhalacion cruza la esfera;  
Como incendio terrífico que tiende  
Su espantosa gigante cabellera,  
Y columna en el éter se suspende;  
Como azuladas plumas de cimera  
De el flamígero rayo que se enciende,  
Y un instante se ven, y en tanto abrasan  
Y exhalacion y fuego y rayos pasan;

—  
Como el sol encendido y fulgurante  
Al brotar de la espléndida techumbre  
Con magnífico rayo deslumbrante  
Atraviesa un fanal desde su cumbre;  
Y su vida y calor deja abrasante  
Al retirarse su celeste lumbre;  
Así encarnó el señor en tu inocencia  
Siendo de Dios tu Concepcion esencia.

Quedo esperando amigo mio algun trabajo para las columnas de este periódico y mucha indulgencia por su parte para estos mal urdidos renglones y soy suyo afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

CÁRLOS DIAZ.

28 de Junio de 1873.

### EL ESCRITOR DEL DIA.

El escribir para el público (quiero hablar del trabajo del escritor y no del del memorialista) ha sido, es y será, Dios mediante, una de las mas nobles profesiones á que el hombre consagra su trabajo. Concebir ideas, formar racionios, trazar planes, en una palabra pensar racionalmente y expresar lo que se piensa en una forma elegante, culta y agradable, comunicando uno su inteligencia con los demás y haciendo los frutos de su ingenio patrimonio de la sociedad entera, tarea es que requirió siempre privilegiados talentos y estimables prendas de carácter.

En efecto la lógica autoriza á pensar que, si todo trabajo literario es una manifestacion del espíritu humano por medio del lenguaje, el escritor debe contar siempre con dos ele-

mentos esenciales, sin los que toda producción literaria es imposible: el fondo, el contenido, la idea, y la forma en que estos hayan de revelarse.

Así que, ante todo, el que pretenda ser escritor parece que debe nutrir su espíritu con verdadera ciencia y escogida erudición y estudiar después el idioma en que pretenda expresar sus pensamientos, sirviéndose de los medios que una buena educación literaria emplea para lograr no sólo corrección en las frases, sino esa pureza de estilo y ese gusto delicado, que sólo con una aptitud y predisposición especiales y con el ayuda de escogidos maestros, es posible alcanzar.

Esto lo aconseja el buen sentido, esto lo dice la razón natural, esto lo consignan los retóricos de todas épocas.

Sin embargo, dice el común proverbio que *del dicho al hecho hay mucho trecho*; y los *hombres prácticos* (los hombres se dividen en teóricos y prácticos) que entre la teoría y la práctica media una inmensa diferencia.

Así sucede, por lo menos, al parecer, en la materia de que venimos hablando.

La teoría es la que en dos palabras, acabamos de indicar; la práctica es cosa diferente.

Hoy para escribir no es necesario conocer los autores clásicos antiguos ni modernos: no lo es pasar veladas enteras profundizando los arcanos de las ciencias y procurando penetrarlos: nada de esto.

Se compra un tintero, aunque sea de cuerno, una pluma, aunque sea de ganso y un pliego de papel, aunque sea de estraza y he aquí un *escritor* hecho y derecho.

Se olvidaba la tinta, utensilio sin el cual no es fácil la escritura.

Si el escritor se dedica al género trágico fuibundo, moja su pluma en sangre: entonces el escrito resulta rojo.

Si al género sentimental y poético, al uso común del día, la moja en agua de algún cristalino arroyuelo; y el escrito resulta insípido, incoloro é inodoro y de *naturaleza particular*, como dicen algunos naturalistas al describir todos los minerales.

Si al género satírico, ó á algún otro á que el lector vea que puede convenirle lo que voy á decir, la moja en cieno, y resulta el escrito súpido, asqueroso y repugnante, como el alma que lo concibió y la mano que acertó á trazarlo.

Hay algunos *escritores* engañados, que con el cerebro vacío, los codos en la mesa, la mirada fija en cualquier parte y la pluma en

el tintero, hacen esfuerzos colosales por encontrar alguna idea y hasta presentarían el aspecto de profundos pensadores, si ya no revelarían en su fisonomía que sólo en ciertos momentos pueden exclamar sin hacerse ilusiones: *yo pienso*.

Estos tales, como de su avellanado ó nulo ingenio no pueden sacar maldita la cosa, se vengán cruelmente del tintero, sacando de él todo el líquido que contiene y esparciéndole con admirable profusión sobre el papel, resultando de aquí verso, ó prosa, según disponga la casualidad que el margen quede más ó menos ancho, circunstancia que decide de la calidad del escrito, sin apelación ni ulterior recurso.

Como estos escriben con una facilidad suma, porque no hay obstáculo que no venzan con una temeridad pasmosa, son los escritores más fecundos, porque no les estorba la ciencia, ni les embaraza la dicción, ni les extrañan los anacronismos, ni reparan en contradicciones, ni se preocupan en suma de estas *mezquinas nimiedades* que son para los *espíritus menos fuertes* objeto de reflexión y motivo de atento y cuidadoso estudio.

En otros tiempos, y digo esto para complacer á los ancianos de quienes dice Horacio que gustan de a'abar los tiempos que pasaron, aun cuando yo tengo para mí que todos son lo mismo con ligeras variantes; la profesión del escritor era *un arte noble, un arte liberal*, si estos calificativos no son hoy contradictorios: hoy es *un oficio* y un oficio perdido por completo.

En otros tiempos, los trabajos del escritor eran *producciones*; hoy son *productos*.

En otros tiempos se solía escribir *sobre un asunto* serio ó festivo, científico ó político, pero sobre un asunto: hoy no hace falta esto, se escribe, como decía un amigo mío, *sobre una mesa ó sobre un pedazo de papel*, y esto basta.

También hay que notar un nuevo adelanto, desconocido por nuestros abuelos. Con la unidad de medida hemos conseguido medir la literatura por metros, venderla por arrobas, etc., etc.

Es preciso llenar dos decímetros de columna de periódico; se escriben nueve ó diez cuartillas: faltan algunas líneas; se añade un párrafo de una pulgada y cuestión concluida. De este modo se estiran ó se encogen los asuntos á voluntad del escritor, elasticidad que podrá parecer mal á los retóricos, pero que me parece á mí muy útil, sobre todo para casos como el presente, en que me he visto obligado á es-

cribir un artículo, para cumplir una palabra que di en mal hora al simpático é ilustrado Director del ALBUM, y que desempeño al presente con gran contentamiento mio y mucho más de mis pacientísimos lectores.

X.

Sr. Director del ÁLBUM.

Querido amigo: á mas de escribir el artículo que le ofrecí, le llamé á V. en él simpático é ilustrado. Creo que mas no se puede hacer. En mi obsequio ponga V. en contribucion el ingenio de los colaboradores, y no se vuelva á acordar mas de mi, para estas tareas, hasta el siglo próximo. Suyo, R. de G.

La poesia inserta á continuacion es del malogrado poeta Gustavo A. Becquer. No hemos podido resistir al deseo de darla á conocer á nuestros lectores, con el objeto de que adquieran sus libros, pues de este modo, no solo poseerán una verdadera joya literaria, sino que habrán hecho una buena obra, en obsequio de la viuda é hijos del inspirado autor.

Cerraron sus ojos  
Que aún tenia abiertos!  
Taparon su cara  
Con un blanco lienzo;  
Y unos sollozando,  
Otros en silencio,  
De la triste alcoba  
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso  
Ardia en el suelo,  
Al muro arrojaba  
La sombra del lecho;  
Y entre aquella sombra  
Veíase á intervalos,  
Dibujarse rígida  
La forma del cuerpo.

Despertaba el dia,  
Y á su albor primero  
Con sus mil ruidos  
Despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
De vida y misterios,  
De luz y tinieblas,  
Medité un momento:  
*«¡Dios mio, que solos  
Se quedan los muertos!!»*

De la casa en hombros

Llevaronla al templo,  
Y en una capilla  
Dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
Sus pálidos restos  
De amarillas velas  
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
El toque postrero,  
Acabó una vieja  
Sus últimos rezos;  
Cruzó la ancha nave,  
Las puertas gimieron,  
Y el santo recinto  
Quedóse desierto.

De un reloj se oia  
Compasado el péndulo,  
Y de algunos cirios  
El chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
Tan oscuro y yerto  
Todo se encontraba...  
Que pensé un momento:  
*«¡Dios mio, que solos  
Se quedan los muertos!!»*

De la alta campana  
La lengua de hierro,  
Le dió, volteando,  
Su adios lastimero.  
El luto en las ropas,  
Amigos y deudos  
Cruzaron en fila,  
Formando el cortejo.

Del último asilo,  
Oscuro y estrecho,  
Abrió la piqueta  
El nicho á un extremo.  
Allí la acostaron,  
Tapiáronla luego,  
Y con un saludo  
Despidióse el dueño.

La piqueta al hombro,  
El sepulturero  
Cantando entre dientes  
Se perdió á lo lejos.  
La noche se entraba,  
Reinaba el silencio;  
Perdido en las sombras,  
Medité un momento:  
*«¡Dios mio, que solos  
Se quedan los muertos!!»*

En las largas noches  
Del helado invierno,  
Cuando las maderas  
Crujir hace el viento  
Y azota los vidrios  
El fuerte aguacero,  
De la pobre niña  
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
Con un son eterno;  
Allí la combate  
El soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
Tendida en el hueco,  
Acaso de frío  
Se hielan sus huesos!...

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia,  
Podredumbre y cieno?  
No sé; pero hay algo  
Que explicar no puedo,  
Que al par nos infunde  
Repugnancia y duelo,  
Al dejar tan tristes,  
Tan solos los muertos!

### Pensamiento de un marino.

(IMITACION.)

Bella es la mar en una noche amena  
Y la tierra también, á no dudar,  
¡Pero cuándo la mar está serena!...  
Más me gusta la tierra que la mar.  
R. DE LA G.

### La inocencia.

Sentada á la sombra  
De frescos almendros  
Se duerme la niña posando en las flores  
Sus rubios cabellos.  
Hermosa es la niña,  
Su talle es esbelto,  
Sus manos son blancas, cual nieve que cubre  
Los campos de enero.  
Jamás ha salvado  
La cerca del huerto,  
Jamás hombre alguno con ella ha cruzado  
Miradas de fuego.

Por eso dichosa  
Sonríe durmiendo  
Y aun brilla en su frente la plácida calma  
Que guarda en su pecho.  
EL SOLITARIO DE SIERRA NEVADA.

### A Liciniano.

*Epigrama de Marcial núm. LXII.—Lib. 1.º*

*Verona docti syllabas amat vatis etc.*

VERSION.

Cifra en los versos de su dulce vate  
Docta Verona refulgente honor:  
Y es el suelo de Mántua afortunado,  
Pues que la cuna de Maron meció.  
No menos brillantez refleja en Pádua  
De Livio, Stella y Flacco el esplendor.  
Afama Apolodoro al Nilo undoso,  
Y nombre á los Peliguos dá Nason.  
Dos Sénecas también y aquel Lucano  
Solo y sin par en sus escritos son  
De Córdoba la ilustre excelso timbre,  
Pues siempre en su elocuencia se elevó.  
Regocijo la playa gaditana,  
Al gloriarse de Cánio, ya probó;  
Y Emérita asimismo por Deciano  
Levanta su ventura y su blason.  
Así tú, Liciniano, mi querido,  
De la Bilibis nuestra serás sol,  
Y á mí también de funeral silencio  
Vedará que me encubra triste horror.

P.

### Predicar en desierto.

¿Qué es el amor?—Niña hermosa,  
¿Saberlo quieres?—Lo ansío.  
—Pues escúchame, bien mio;  
Es un sueño, y no otra cosa.  
Sueño que viene á embargar  
El alma con su beleño.  
—Pues si el amor es un sueño,  
Debe ser dulce soñar.  
—Tal vez no, por que en la vida,  
Siempre en lucha el mal y el bien,  
Si hay sueños dulces, también  
Hay sueños tristes, querida.  
Y el de amor mas que placer,  
Suele causarnos dolor.  
—No importa; si es sueño amor,  
Dulce sueño debe ser.

—¡Ay niña! en su inesperienza  
No alcanza á ver tu sentido  
Que un sueño desvanecido  
Emponzoña la existencia.

Que una ventura ilusoria  
Cuando traidora se aleja,  
El recuerdo que nos deja  
Abraza nuestra memoria.

Que al destierro de un eden  
Ningun infierno equivale,  
Que no hay mal, niña, que iguale  
A la pérdida del bien.

Así, del sueño de amar  
Rechaza el brillo halagüeño;  
Porque si es dulce ese sueño,  
Es muy triste el despertar.

Y en el alma de tal suerte  
A veces imperio toma,  
Que el despertar nos desploma  
En los brazos de la muerte.

Si, pues, la vida así trunca,  
¿Qué prefieres en tu empeño?  
—Morir tras un dulce sueño  
A vivir sin soñar nunca.

L. LIPOS.

## MISCELÁNEA.

Desde este número queda suprimida la *Revista de la Semana* que hasta hoy hemos venido publicando, por falta de elementos que la motiven, y solo la haremos una vez al mes, comprendiendo en ella, cuantos espectáculos, bailes, reuniones, accidentes etc., tengan lugar durante él.

\*  
\*\*

Hemos dejado de recibir algunos números de *El Liceo* de Granada y suplicamos al ilustrado colega no nos prive de su amena lectura.

\*  
\*\*

El Sr. D. Rafael Conde y Luque Catedrático de la Universidad de Granada y ex-diputado á Córtes, se encuentra hace dias entre nosotros, y pronto nos favorecerá con su ilustrada colaboracion.

\*  
\*\*

Ha pasado por esta para Málaga nuestro distinguido colaborador, Sr. D. Casimiro Franquelo, agregado diplomático de la Legacion de España en los Estados-Unidos, el cual viene desde aquella República á abrasar á sus señores padres á quienes damos la enhorabuena.

\*  
\*\*

En Viena se celebrará una corrida de toros durante el período de la actual exposicion.

¿Considerarán los cultos alemanes que las corridas de toros son una diversion civilizadora?

\*  
\*\*

Un guarda aguja habia perdido su mujer.

No obstante, á la hora del entierro el gefe de estacion lo encontré en su puesto.

—¿Cómo, le preguntó este, no asiste V. al entierro de su mujer.

—Mi gefe, le contestó el guarda aguja, el deber ante todo, el placer despues.

\*  
\*\*

¿A dónde vá V. amigo?

—Voy al Círculo por la calle del Liceo.

—Pues váyase por cualquier otra parte ó avise V. al cirujano que le ha de amputar la pierna que se romperá seguramente.

## PASATIEMPOS.

### CHARADAS.

—

1.<sup>a</sup>

Es la *primera* letra  
del alfabeto,  
la *segunda* es lo mismo  
pero del griego:  
*Tercera* es nota;  
conque haber si mi *todo*,  
lector, aciertas.

\*  
\*\*

2.<sup>a</sup>

Ví á una *prima* y *segunda* cierto dia  
y por ella quedé loco de amor;  
cojí la lira y en *tercera*, nota,  
la intensidad canté de mi pasion.  
Mas medió *calabazas*... y mi *todo*  
me puse de vergüenza, si, señor.

J. LOPEZ.

### LAS SOLUCIONES EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

—

REMITIDO.—Solucion á las charadas insertas en el número anterior:

Salí anteayer de paseo,  
y asomado á tu ventana  
hallé un animal *mamífero*  
comiéndose una *avellana*.

C. CRESPO.

### CÓRDOBA:

Establecimiento tipográfico de LA ACTIVIDAD,  
Azonaicas, 4.

La señorita Valentina de Champrosay era seguramente una belleza tan perfecta como puede serlo una criatura humana; uno de esos tipos luminosos que desvanecen y que lo hacen sin buscar el apoyo de la coquetería, que le es inútil para ejercer su poder fascinador. A primera vista, se creía adivinar que el Supremo Escultor se había complacido en adornarla con todos los recursos de su maravilloso arte, y que se había esmerado, si así puede decirse, para no comprometer el modelo de que concibió la creación suave, con el más mínimo descuido. Era rubia, como Eva; pero de ese rubio celeste que dá á la cabellera reflejos de aureola: el óvalo de su rostro tenía la pureza inefable que dieron á los de sus vírgenes Rafael y el Corregio: se creía ver una mano acaudadora de artista divino en cada una de las líneas que concurrían á hacerla una fisonomía de ángel, de mirada diáfana, de sonrisa dulcísima. Su tez era de una blancura vaporosa; su cuello, mórvido y erguido, aparecía graciosamente por el pequeño descote de su traje de seda negro, sin ningún adorno; su talle esbelto, tenía inflexiones encantadoras: los pliegues sueltos de su traje, denunciaban al ojo menos ejercitado, esa riqueza de contornos que sueñan los poetas admiradores de la forma. Su mano era un milagro de pequeñez; verla y sentir impulso de besarla era simultáneo. Su pié era de hada, aéreo; se le buscaban alas; hasta ese punto parecía posarse sobre el césped sin encorbarlo.

Pero lo que encantaba sobre todo en esta jóven era una madurez dulce y serena que emanaba evidentemente de un corazón tierno y resuelto. Hubiera llevado una corona con soberana elegancia, pero sin orgullo.

En este momento los velados rayos del sol poniente la envolvían y la hacían aparecer embriagadora entre una atmósfera de tintas sonrosadas. Tenía esos efluvios de belleza que exaltan el espíritu. Didier la contemplaba en silencio: de sus ojos elocuentes se exalaba un poema de ternura un himno de amor. No sin

esfuerzo pudo sacudir este éxtasis y dando el brazo á su madre tocó suavemente en las espaldas de Valentina.

—Entremos en el castillo, dijo.

—Aun no, hijo mio, respondió la baronesa: todavía no es hora de comer, y podemos pasear un rato en la alameda grande que tanto me gusta. Allí nos referirás más detalladamente lo ocurrido en casa del notario de Lisieux y después nos ocuparemos del porvenir.

Didier llamó á un pastorcillo que estaba tendido sobre la yerba á poca distancia y le confió el cuidado de llevar á la cuadra el caballo de que se había servido y que pertenecía al arrendador. Una de las primeras economías que se llevaron á efecto en aquella noble casa, fué la venta de los caballos, lo que no fué ciertamente uno de los menores disgustos del baron, que era muy aficionado y muy inteligente.

La baronesa, su hijo y la señorita de Champrosay se dirigieron muy despacio hácia la calle de Alamos que se extendía en línea recta y prolongada entre el parque de Mervilly y un monte de abetos de plantación reciente. A poco se internaron bajo una cúpula de espeso follaje, cuyo piso estaba cubierto de una alfombra de líquenes y musgo. Ninguna simetría reinaba en este bellísimo trozo de la quinta, y sin embargo, el aspecto era elegante.

Didier hizo relación detallada de lo que había ocurrido en la junta de acreedores á que había asistido aquella mañana.

—Cuando me presenté, dijo, no tardé en apercibirme que aquellos hombres conocían tu sacrificio, madre mia. Todos se levantaron y se inclinaron respetuosamente delante de tu hijo: después uno de los principales acreedores tomó la palabra en nombre de la reunión y declaró que todos y cada uno consentían gustosos en sufrir una reducción de un treinta por ciento sobre el importe de lo que se les debía. Un murmullo de aprobación confirmó esta declaración, á la que yo me apresuré á contestar que tu voluntad era que cada crédito de reconocida validez fuera reembolsado íntegramente. Estas palabras fueron acogidas

con un movimiento de sorpresa y aun de admiración: los circunstantes quedaron mudos, tanto es verdad que los hombres son mejores que lo secretee, y que por animados que estén hacia el interés, se muestran casi siempre conmovidos ante un acto de providad. Aquellas buenas gentes insistieron para que aceptase las reducciones propuestas, y, en la esperanza de determinarle á ello, hicieron valer las razones mas ingeniosas, los argumentos mas decisivos: pero yo me resistí por obedecerte, y tambien para dar satisfaccion á ese sentimiento de legitimo orgullo que tengo en el alma y que me viene de ti. Fué pues, necesario que cada uno tomase el importe total de su crédito y desistiera de toda nueva idea de reparticion. Ah! te juro que sorprendí mas de una lágrima y que oí murmurar mas de una censura relativa á la inflexibilidad de mi renuncia. Cuando me dispuse á marchar todas las manos se me tendieron con cariñosa sinceridad y los ofrecimientos se multiplicaron hasta el extremo de no saber como sustraerme á la vehemencia de tan calurosa manifestacion.

—Todo lo que me refieres, hijo mio, recompensa el sacrificio que he llevado á cabo, dijo la baronesa despues de una pausa y con voz vibrante y nerviosa. Ese testimonio de estimacion, acaba de consolarme por completo.

—No sientes, pues, disgusto alguno? preguntó cariñosamente Didier: ¿no te arrepientes de haberte desprendido de tus dominios para salvar el nombre de tu hijo?

—Nada me preocupa, como no sea la necesidad en que te vas á ver, hijo mio, de trabajar para vivir. Si alguna vez se retrata en mi rostro la melancolia, no lo atribuyais mas que á esa idea.

—El trabajo es ley que se impone á todos; es la gran necesidad social: bien arrepentido estoy de no haber puesto antes en práctica esa máxima; el golpe que acabamos de recibir me parecería menos cruel si tuviese una profesion, una carrera; si hubiera sabido encontrar la seguridad en el porvenir con el empleo de mi tiempo y de mi inteligencia. Ah! Juan Jacobo tuvo razon al decir que nada está al abrigo de la adversidad, y que todo

—Si, madre mia, el honor está salvado, repuso Didier. En cuanto á la fortuna es diferente: apenas nos quedan cuarenta mil libras. Con esto no se podrá arrastrar coche, pero podremos salir adelante á pié: ¿no es cierto, Valentina?

Diciendo esto, se volvió el baron hacia la compañera de la señora de Mervilly y la tomó una mano que besó con efusion.

—La riqueza es un bien, respondió la jóven con aire tranquilo y agradable: pero se puede prescindir de ella cuando al arrebatarnosla, nos conserva Dios la ternura y el cariño de los que amamos.

—He ahí un pensamiento oportuno, dijo la baronesa: en él está resumida nuestra situacion actual. Oh! si; el destino ha podido arrebatarnos lo que dá brillo á la existencia, pero nos ha dejado lo que constituye la vida del corazon: y esto que nos queda es, á no dudar, la mejor de las felicidades de la tierra.

Mientras que la señora de Mervilly hablaba, Didier y Valentina la miraban fijamente, como creyendo adivinar en su semblante una ligera expresion de tristeza y violencia. Aquel rostro no reflejaba, sin embargo, mas que una dulce exaltacion.

La baronesa de Mervilly tenia cincuenta años; era mujer de una exquisita distincion y de estatura algo mas que mediana, elegante y fina, de facciones delicadas, armoniosas y atractivas. La eda habia marcado con discrecion su fatal sello en esta figura privilegiada, que lucia aun su frente tersa, sus mejillas redondas, sus lábios frescos. Solo algun que otro ligero indicio podia acusar en parte su edad: su tez carecia de brillo, sus pupilas estaban rodeadas de un pequeño círculo oscuro, sus sienas estaban surcadas de ligeras arrugas y sus cabellos ocultaban á penas á otros tantos hilos de plata. Habia, por otra parte, en el conjunto de esta simpática mujer, una gracia que la rejuvenecia, una amabilidad que interesaba: así no hubiera sido extraño que se la tomara por hermana mayor de la encantadora jóven que la acompañaba, y que tendria, á lo sumo, diez y ocho años.